

*Francisco Fontanilles y Quintanilla*

# Autonosuya

*curiosa novela político-burlesca*

*Edición, introducción y notas*  
*Jorge Camacho*

 - STOCKCERO - 

Copyright foreword & notes © Jorge Camacho  
of this edition © Stockcero 2016  
1st. Stockcero edition: 2016

ISBN: 978-1-934768-86-0

Library of Congress Control Number: 2016944472

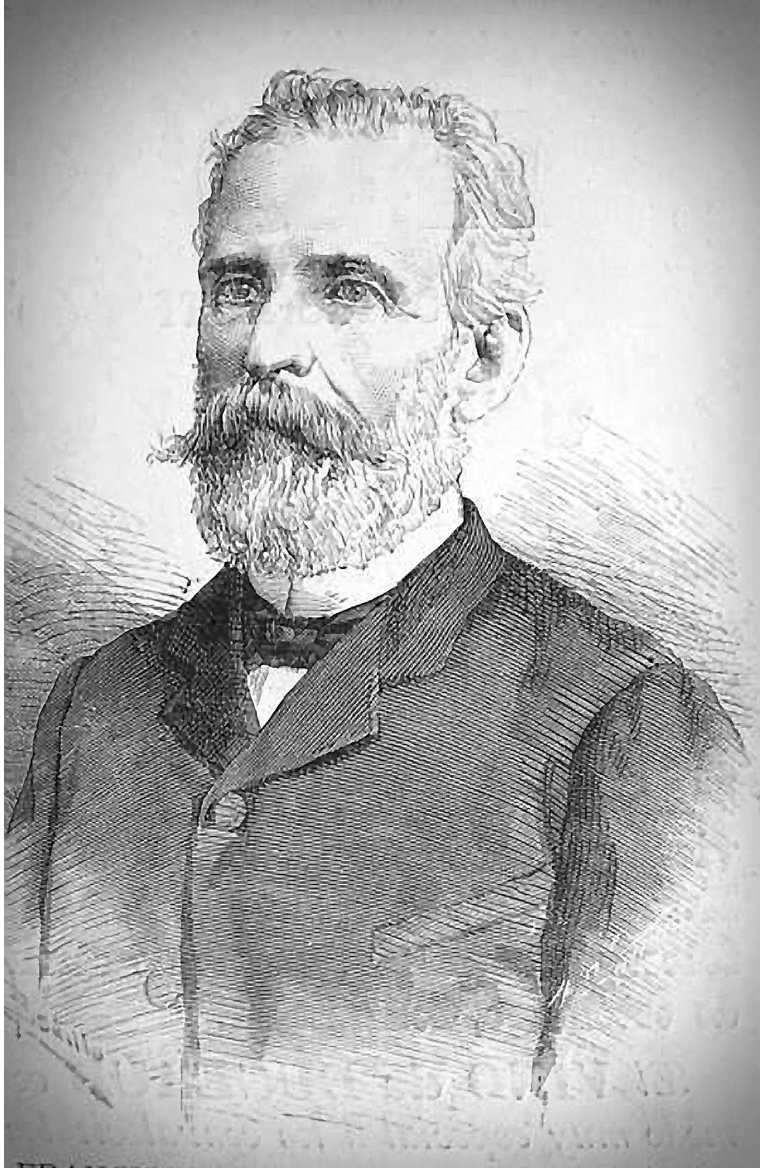
All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface  
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.  
3785 N.W. 82nd Avenue  
Doral, FL 33166  
USA  
stockcero@stockcero.com

[www.stockcero.com](http://www.stockcero.com)



D. Francisco Fontanilles y Quintanilla  
Director de «El Imparcial de Matanzas» (Cuba)

## ÍNDICE

<i>Introducción</i> .....	<i>vii</i>
<i>Obras citadas:</i> .....	<i>xxxi</i>

## AUTONOSUYA, CURIOSA NOVELA POLÍTICO-BURLESCA

<i>Al lector</i> .....	<i>1</i>
<i>Prólogo</i> .....	<i>3</i>
<i>[ I ]</i> .....	<i>7</i>
<i>II</i> .....	<i>15</i>
<i>III</i> .....	<i>21</i>
<i>IV</i> .....	<i>25</i>
<i>V</i> .....	<i>29</i>
<i>VI</i> .....	<i>37</i>
<i>VII</i> .....	<i>43</i>
<i>VIII</i> .....	<i>49</i>
<i>IX</i> .....	<i>55</i>
<i>XI</i> .....	<i>69</i>
<i>XII</i> .....	<i>75</i>
<i>XIII</i> .....	<i>79</i>
<i>XIV</i> .....	<i>81</i>
<i>Epílogo</i> .....	<i>85</i>



«El fantasma del Separatismo» *El Imparcial* 30 de diciembre de 1895. Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de España

## INTRODUCCIÓN

El «miedo al negro» en *Autonosuya, curiosa novela político-burlesca* (1886) de Francisco Fontanilles y Quintanilla.

«fue un pretexto antes la presencia del negro y la esclavitud para no conceder a la Isla libertades y derechos, profetizando los esclavistas y reaccionarios males terribles si tal se hubiera hecho.» (196)

FRANCISCO AUGUSTO CONTE

### LAS ASPIRACIONES DEL PARTIDO LIBERAL DE CUBA (1892)

A pesar de que el Partido Liberal de Cuba se formó oficialmente en 1878, sus orígenes se remontan a la primera mitad del siglo XIX, con la aparición de un grupo de letrados, hacendados azucareros y hombres de negocios que aspiraban a reformar la economía y la política cubana. El estallido de la guerra en 1868, sin embargo, después numerosas ocasiones en que el gobierno de España ignoró las peticiones de estos reformistas, hizo que se suspendieran por diez años las negociaciones, y que solamente al concluir la guerra, se autorizara la creación de un Partido que representaba sus intereses. Fue así como se fundó en 1878 El Partido Liberal de Cuba, y junto con él, un periódico que apoyaba sus ideas: *El Triunfo*. Ricardo del Monte, uno

de sus principales líderes, fue quien escribió el «Manifiesto al país» donde los autonomistas pedían cambios políticos, sociales y económicos para Cuba. Entre ellos, como dice Max Henríquez Ureña en *Panorama histórico de la literatura cubana*, la «vigencia de las libertades necesarias con extensión de los derechos individuales a todos los españoles, y la aplicación íntegra de las leyes orgánicas de la península.» Pedían la emancipación de los esclavos «que hubieran quedado en servidumbre, reglamentación del trabajo y educación del liberto;» así como la «rebaja de aranceles y supresión de los derechos de exportación» (11).

Este partido entró en colisión entonces con los conservadores, fieles al régimen colonial, quienes crearon la Unión Constitucional, que estaba conformado en su mayoría por terratenientes, hombres de negocio y con títulos nobiliarios. Francisco Fontanilles y Quintanilla pertenecía a este núcleo conservador, con lo cual no extraña que su novela recree las tensiones entre ambos bandos políticos y muestre un panorama desolador si triunfaban los primeros.

En lo que sigue me interesa analizar esta novela, reeditada en 1897 durante la «guerra necesaria», junto con otras del mismo tema como *El Separatista* (1895) de López Bago, y *La Cariátide* (1897) de Ubaldo Romero Quiñones, para mostrar los argumentos que manejaban quienes se oponían a la independencia o a la autonomía de Cuba. Es decir, me interesa explorar cómo se «narra» la nación que se está configurando desde ambos lados del espectro político: lo que proponen los separatistas y lo que critican los leales a la Corona. Una de las líneas argumentales para imaginar la futura nación era «el miedo al negro», un dispositivo retórico usado como un arma de persuasión contra quienes aspiraban a la independencia de Cuba o contra

aquellos factores culturales o políticos que amenazaban la Cuba «blanca y española».<sup>1</sup>

*Autonosuya, curiosa novela político-burlesca*, como reza el subtítulo, apareció originalmente en el periódico *El imparcial* de Matanzas en 1886 y cuenta lo que sucedería en Cuba si España le concediera la autonomía. Su autor fue el catalán Francisco Fontanilles y Quintanilla (1833-1887), quien pasó parte de su vida en la Isla y editó varios periódicos que apoyaban la causa integrista. Entre ellos *La Voz de España* y *El Imparcial* de Matanzas. Desde el punto de vista narrativo, *Autonosuya* es una especie de chanza política escrita especialmente contra los autonomistas, quienes al final de la narración ven que la «utopía» que habían soñado se había convertido en una fatal pesadilla. El resultado es una novela sobre dos dictadores (los hermanos Sabcú), en que se nos muestra un escenario distópico como el que aparece en *Los viajes de Gulliver* (1726) de Jonathan Swift o *La Máquina del Tiempo* (1895) de H. G. Wells (Abad «La utopía y la distopía»). En este tipo de narraciones el futuro se nos presenta como caótico e indeseable, por lo cual esta narración tiene el objetivo de ser una crítica social a la política y la composición racial de la Isla. Está escrita en el lenguaje directo y satírico del que hacían gala muchos periódicos de la época como *El Moro Muza*, *Don Palomo* y *Don Circunstancias*, y cuando se publica en forma de novela en 1897, aparece con un prólogo de Eva Canel, una escritora asturiana también residente en la Isla, quien se refiere así a su contenido:

En tono jocoso refiere las impresiones de un autonomista que vuelve a Cuba y encuentra sancionada la independencia: relata los horrores de la

---

1 Para más detalles sobre este punto véase mi libro *Miedo negro, poder blanco en la Cuba Colonial* (Iberoamericana-Vervuert, 2015)



demagogia africana, la ruina de la Hacienda representada por moneda fiduciaria de valor nominal, cuenta los apuros que pasa aquel extranjero en su propia tierra, perseguido como fiera y tratado peor que perro con hidrofobia. (48)

Como muestra entonces esta descripción sucinta de la narración, a pesar de estar escrita, como dice Canel, en un tono «jocoso» realmente hay muy poco de qué reírse en ella. Comienza la narración con la llegada del autonomista Pantaleón Visiones a La Habana a mediados de 1900. Pantaleón se encontraba en Noruega cuando se enteró que el gobierno de España les había concedido el auto-gobierno a los cubanos. Cuando llegó al puerto, sin embargo, se encontró que de la machina que antes se utilizaba para el comercio colgaban las cabezas de los autonomistas reincidentes como si fuera de un árbol ensangrentado.

Según explica el narrador, los autonomistas habían llegado a La Habana hacía seis meses con la noticia del autogobierno. Fueron recibidos con fiestas y discursos, pero una vez que convocaron a las elecciones «con sufragio universal» (68) fueron derrotados por los separatistas, con cuyo triunfo se institucionalizó la dictadura. Desaparecieron así los «hombres ilustrados» en el gobierno, y solo había «ignorancia, barbarie e instintos feroces» (24). Cada vez que sonaba el cañonazo por la noche cincuenta cabezas pasan a «adornar el árbol de la libertad» (21).

El líder del gobierno era S. M el emperador Sabcú II, que había derrocado a su hermano, el mulato Sabcú I, un «hombre rudo, cruel y sanguinario» (22) que había sido contramayoral de un ingenio y quien al estilo de cualquier tirano de Hispanoamérica, trataba con mano dura a sus enemigos políticos. Los declaraba «traidores a la Patria»,

y los mandaba a prisión, los asesinaba, o los condenaba a muerte en Consejo de Guerra (32). Este panorama caótico y brutal es el que se desarrolla a través de toda la narración, cuyo principal objetivo es disuadir a los lectores de apoyar la autonomía o la independencia de la Isla. Cualquiera de las dos, nos aclara el narrador, iba a parar en desastre.

De modo que el dictador mulato encarna en esta novela todos los miedos que azuzaron los blancos dueños de esclavos y partidarios del régimen colonial en Cuba: miedo a que sucediera una revolución similar a la de Haití que pusiera patas arriba la jerarquía política y racial de la colonia. Miedo a que predominaran los negros y mulatos sobre los blancos en una «lucha de razas» y hundieran a Cuba en la «barbarie». Antes de ser asesinado por el dictador, uno de los intelectuales que va a morir predice, por tanto, que aun si mataban a Sabcú I le sucedería otro peor: «Ese soldado semi-salvaje que se llama Sabcú, hoy Ministro de la Guerra, será mañana el dictador; ahogará en sangre la libertad, y tal vez su cabeza rodará también para ceder el puesto a otro más salvaje que él o a la anarquía» (24).

Las demandas de los autonomistas, con sus oradores, y sus constantes críticas a la Metrópoli, habían hecho posible el cambio de poderes por la vía legal y pacífica, pero ellos mismos habían sido víctimas de estos hombres «semi-salvajes» que había puesto al pueblo en el poder, y había hundido el país en la miseria.

No había sido la primera vez en la historia que algo así había ocurrido. Fontanilles pone de ejemplo la Revolución francesa, con sus «Marat, Saint Just, Robespierre y la guillotina» (53), la Revolución haitiana y otras de Latinoamérica. Pero a diferencia de los europeos, estos hombres que tomaron el poder en Cuba eran «salvajes» y no lo hi-

cieron irónicamente a través de la guerra, sino de las leyes que cada vez cierran más el círculo de poder alrededor del tirano, un «Nuevo Marat» que les ordena a sus hombres matar a sus oponentes (32).

Es elocuente, por tanto, la forma en que Fontanilles reproduce algunos modos de comportarse los dictadores en Hispanoamérica, calcando las formas europeas e incluso latinoamericanas. Sabicú I nombra «notables» de su régimen a sus parientes, amigos y deudos (32). Se autotitula «Emperador de Cuba por la Asamblea de Notables» (32). Sin embargo, su hermano Sabicú II, se rebela contra él y arenga a la Cámara para que se le unan y lo derroten. Como consecuencia, la asamblea lo elige «Generalísimo del Ejército Libertador», una parodia de los revolucionarios, y una vez que Sabicú I se ve acosado por las tropas de su hermano, huye y se refugia en un buque norteamericano que lo lleva a los EE.UU (43). El «Generalísimo» toma entonces posesión pero el país se divide en federales y unitarios que promovían constantemente motines, y asonadas, y como consecuencia se autoproclama «Emperador Sabicú II» y vuelve a hundir el país en el caos y miles de muertos (43). Es durante el reinado de Sabicú II, que el doctor Pantaleón Visiones llega a Cuba y escucha en la cárcel todo lo que había acontecido en los últimos seis meses.

La trama de la novela transcurre, por consiguiente, entre la «utopía» que esperaban realizar los autonomistas y la realidad a la que se enfrentan después de su separación de España. Es una historia cíclica, marcada por dos tiranías y si los autonomistas aspiraban a auto-gobernarse, y mantener sus lazos con «la Madre Patria», la realidad que sobreviene es otra. En 1900 Cuba es un pueblo gobernado por hombres

- «El fantasma del Separatismo» *El Imparcial* 30 de diciembre de 1895. Impreso.
- «Faustin-Élie Soulouque, Emperor of Haiti.» *Encyclopædia Britannica*. Web.
- Fontanilles y Quintanilla, Francisco. *Autonosuya. Curiosa novela politico-burlesca*. La Habana: «La Moderna», 1897. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Compendio de la Historia de España*. La Habana: Imp. militar de la Viuda de Soler y C<sup>a</sup>, 1879. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Elementos de aritmética para uso de las escuelas de instrucción primaria elemental y superior*. Puerto Rico: Imp. del Comercio, 1868. Impreso.
- García, Juan Carlos. *El dictador en la literatura hispanoamericana*. Santiago de Chile: mosquito comunicaciones, 2000. Impreso.
- López Bago, Eduardo. *El Separatista. Novela medico-social*. La Habana: Galería Literaria, 1895. Impreso.
- López Gómez, Jesús. *Cuba. Episodio lirico-dramático*. Música del Maestro Luis Reig. Madrid: Impresor Marquis de Santa Ana, 1896. Impreso.
- Martí, José. *Obras Completas*. 26 vols. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1991. Impreso.
- Martínez Velasco, Eusebio. «Don Francisco Fontanilles y Quintanilla» *La Ilustración española y americana* 32. 11, 15 de enero de 1888. P. 35. Impreso.
- Molina, Pedro. «Las tres cruces». *Cuentos de la Habana Elegante*. Ed. Jorge Camacho, Rocío Zalba, Hugo Medrano. Miami: Stokcero, 2014. 153-169. Impreso.
- Pichardo, Manuel. «Cuento que pica en historia». *Cuentos de la Habana Elegante*. Ed. Jorge Camacho, Rocío Zalba, Hugo Medrano. Miami:

- Stokcero, 2014. 69-74. Impreso.
- Quiñones, Ubaldo Romero. *La Cariatide: novela por la guerra de Cuba*. Madrid: F.G. Pérez 1897. Impreso.
- Rosas, Julio. *La campana de la tarde: ó Vivir muriendo. Novela cubana*. La Habana: Imprenta, El altar de Guttemberg, 1873. Impreso.
- Souléve, Emilio. *Historia de la insurrección de Cuba (1869-1879)*. Barcelona: Establecimiento Tipográfico-Editorial de Juan Pons, 1879-1880. Impreso.
- Ureña, Max Henríquez. *Panorama histórico de la literatura cubana (1492-1952)*. 2do tomo. Puerto Rico: Ediciones Mirador, 1963. Impreso.
- Zambrana y Vázquez, Antonio. *El negro Francisco. Novela Original de Costumbres cubanas*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1875. Impreso.



# AUTONOSUYA



CURIOSA NOVELA POLITICO-BURLESCA.

ESCRITA EN EL AÑO DE 1886

POR

† D. Francisco Fontanilles y Quintanilla

REPUTADO ESCRITOR DE ESTA ANTILLA

Y DIRECTOR QUE FUÉ DE VARIAS PUBLICACIONES.

ENTRE OTRAS DE **El Lego**, **La Razón**, **La Voz de Cuba**,

**El Glamor** y **El Imparcial** de Matanzas.



HABANA

Imprenta y papelería "La Moderna," Obispo 36

1897

Portada original de la novela *Autonosuya*, *curiosa novela político-burlesca* (1897)





# Autonosuya

*curiosa novela político-burlesca*

FRANCISCO FONTANILLES Y QUINTANILLA

## AL LECTOR

Consiste el mérito de esta obra en que su autor, mi inolvidable padre político D. Francisco Fontanilles, (q. e. p. d.), tan conocido en esta Isla, como empleado público y periodista, predijo en 1886, los horrores que había de presenciar Cuba, a fines del presente siglo, originados por las intrigas de gente ambiciosa que un día abusó de las debilidades de un bondadoso gobernante, hechos que desgraciadamente se han comprobado y que estamos presenciando en estos momentos.

Tan entretenida novela, la publicó en varios capítulos que vieron la luz en la Sección de Variedades de EL IMPARCIAL DE MATANZAS, diario que fundó en aquel año y que dirigió hasta su muerte; por cuya razón está escrita y sin pretensiones y al correr de la pluma, como destinada al periódico, que ya se sabe con la precipitación con que se confecciona. No obstante esto, resulta como verá el amable lector, una chistosa historia, que revela el conocimiento que tenía de las cuestiones antillanas, mi querido padre político, y que desgraciadamente no se equivocaba al predecir lo que había de suceder ante tantos y tantos desaciertos como los que se han cometido.

Eva Canel, escritora notable y celebrada publicista, mi respetable amiga, me ha honrado con el prólogo de la Autonosuya: favor que en extremo le agradezco por lo que vale y termino rogando al apreciable lector acoja con benevolencia este libro y del que, aunque ligero y jocoso,

pueden sacar provechosa enseñanza cuantas personas leales y sensatas existen en esta preciada porción de la Madre Patria que, afortunadamente, son las más.

CARLOS LUIS M. DE BEJAR

## PRÓLOGO

No he prologado en mi vida ni yo soy amiga de prologar.

Mis opiniones respecto a los prólogos son contundentes. ¡Qué los haga el autor del libro!

Pero como el autor de *Autonosuya* ha muerto debía tocar a cualquiera escritor unas cuantas páginas como preámbulo, prefacio, introducción o proemio que de todo puede salir algo sin ser *todo* de nada, y ese *cualquiera* resulta serlo mi persona por gusto y voluntad de doña Pilar Fontanilles de Béjar, cariñosa y excelente hija del autor de este libro.

Pilar Fontanilles es una profesora distinguida, una esposa buena, una madre amante y una escritora que escribe *bonito* como dicen en mí siempre recordada América del Sur.

Con todas estas circunstancias, modestia a la altura de sus méritos y el culto idólatra que guarda en su corazón para el autor de sus días tenía que serme simpática y no solo simpática sino querida, la mujer abnegada que comparte con el compañero bien amado la lucha por la existencia.

Me pidió el prólogo y allá va eso.

Y como es el primero pondremos debajo aquello del pintamonas:

«Si sale con barbas San Antón  
y sino la purísima Concepción.»

Había oído decir *de pasada* que de los directores de *La Voz de Cuba* uno se llamaba Fontanilles.

No tenía más noticia respecto a este soldado de la prensa, y como todo lo que a la prensa se refiere alcanza la vida efímera de un día, cruzó por el caleidoscopio de la imaginación aquel nombre, como pasaron sus artículos, de polémica con los hombres que bullían en la precisa época que fueron escritos.

A juzgar por el artículo cronológico que tengo a la vista, la vida de D. Francisco Fontanilles ha sido una serie no interrumpida de luchas amargas, ¿dónde están las dulces?, decepciones, de batallas libradas defendiendo una idea y de ideas atropellándose para ganar batallas.

En ese incesante vaivén del periodismo, circunscrito a las estrecheces del campanario, como inevitablemente lo está el periodismo provincial: en ese mundo informe, de alientos que se apagan, de energías que reviven, de aplausos interesados, de censuras rencorosas, de cariños que alientan, de odios que matan, de aplausos que malean y de censuras injustísimas, ha luchado el señor Fontanilles como han luchado otros y como no lucharán los que vienen pisándonos los talones; porque en los comienzos del siglo XX y ya no falta mucho, ni el periodismo será una carrera, ni la prensa un sacerdocio, ni los hombres cogerán la pluma para otra cosa que para escribir ataques entre cuyos renglones se lea un memorial pidiendo canongías.

El señor Fontanilles ha sido siempre fiel a sus principios de integridad nacional primero y de asimilación nobilísima y fraternal después: veterano de esa idea ha muerto sustentándola y como recuerdo indeleble de sus principios nos

ha dejado una serie de artículos que en forma de novela jocosa publicó en un periódico de Matanzas.

Esa novela que el título *Autonosuya* revela gran penetración y sentido político: En tono jocoso refiere las impresiones de un autonomista que vuelve a Cuba y encuentra sancionada la independencia: relata los horrores de la demagogia africana, la ruina de la Hacienda representada por moneda fiduciaria de valor nominal, cuenta los apuros que pasa aquel extranjero en su propia tierra, perseguido como fiera y tratado peor que perro con hidrofobia; todo esto en diálogo vivo, aunque un tanto descuidado el estilo en la parte descriptiva.

La *Autonosuya* será leída con gusto por los que saben a dónde vamos a parar, por los caminos emprendidos, pero no nos hagamos ilusiones suponiendo que de la ficción pueden sacar ejemplo los ilusos.

El que nació torcido en su ley morirá.

Y el árbol del separatismo tiene demasiadas *jorobas* para que logren enderezarlo las prédicas de los unos, ni las sátiras de los otros.

En el espejo de la *Autonosuya* nadie querrá mirarse.

Y sin embargo ahí tenemos a Santo Domingo que no dejará por mentiroso al señor Fontanilles.

EVA CANEL





## [ I ]

Una hermosa mañana del mes de mayo del año de gracia de 1900 el velero bergantín DESENGAÑO de la matrícula de Santander, fondeó en la bahía de la Habana.

Abordo no había más que un pasajero, el doctor don Pantaleón Visiones, ardiente autonomista que hacía algunos años faltaba de Cuba, su país natal, adonde había jurado no volver hasta que se hubiese proclamado la Autonomía, ni cortarse la barba mientras existiese en la Isla un solo asimilista.

La noticia de que Cuba era autónoma desde el Cabo de San Antonio hasta la Punta Maisí, sorprendió al doctor en Suecia y por pronto que quiso arreglar su regreso, habían transcurrido seis meses desde que leyó tan grata noticia en un periódico noruego, hasta que el DESENGAÑO fondeó en la Habana.

Cuando el ancla del bergantín sonó en el fondo, don Pantaleón, que acababa de dar los últimos toques a su *toilette* subió a la cubierta y lleno de emoción contempló la bahía.

En ella había cinco barcos: un cañonero, una goleta, un balandro, un pontón y el bergantín DESENGAÑO

El doctor Visiones se frotó los ojos como quien ve *ídem*.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó al capitán del DESENGAÑO, que era un vizcaíno muy seco y de pocas palabras.

—Nada que yo sepa —contestó lacónicamente el eúskaro encendiendo un cigarro.

¿Dónde están los barcos? —exclamó don Pantaleón asombrado.

—En el mar —respondió el vizcaíno volviéndole las espaldas.

\*\*\*

El doctor se quedó como petrificado junto a la escala de babor.

Vino a sacarle de su éxtasis un grumete, quien dándole un golpecito en las espaldas y señalándole la escala, le dijo: «Señor doctor abajo está su equipaje.»

Don Pantaleón dirigió la vista al fondo de la escala y observó que seis guadañeros se disputaban el honor de llevar su equipaje en sus guadaños. Descendió suspirando y los combatientes suspendieron las hostilidades, recibiendo a nuestro pasajero el guadaño que en aquel instante había conquistado su equipaje, el cual hizo rumbo al muelle de Caballería.

El doctor observó que el muelle estaba atestado de gente, lo que le llenó de satisfacción, pues no dudó que sus amigos advertidos de su llegada le preparasen una ovación.

Al atracar al muelle invadieron el guadaño quince o veinte galopines de todos colores, reproduciéndose con su equipaje la misma escena del bergantín.

—¡Alto!, dijo don Pantaleón, no necesito que nadie lleve mi equipaje porque voy a tomar un coche.

Los galopines prorrumpieron en una estrepitosa carcajada.

—¿De qué se ríe esta gente? —preguntó el doctor al guadañero.

—De que no hay más que un coche —contestó éste.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó don Pantaleón estupefacto.

El guadañero se encogió de hombros y alargó la mano para recibir el precio del pasaje.

—¿Qué le debo a usted?

—Cuatro mil pesos.

\*\*\*

Un rayo que hubiera caído a los pies del doctor Visiones no le hubiera causado mayor impresión. Todo lo que poseía incluso su equipaje y su reloj no valía mil pesos. Reflexionó, sin embargo, que cuando tan caro costaba un triste pasaje en un guadaño, una visita de médico valdría quince o veinte mil pesos.

Esta reflexión le tranquilizó y dijo al guadañero: «Soy doctor en medicina por la Universidad de Estocolmo: con la primera visita que haga pagaré a usted doble pasaje,

—Usted se burla —replicó el buen hombre— ¿Es posible que todo un doctor no tenga con qué pagar cuatro mil pesos miserables?

—Mira Fufú —dijo uno de los galopines interviniendo en la conversación— no seas majadero, como el doctor viene de Europa, no sabe aún el valor de nuestra moneda. Cuatro mil pesos en billetes valen un real en plata.

Al oír esto don Pantaleón no pudo menos de reírse y admirarse a la vez y entregando al guadañero dos reales, hizo cargar con su equipaje a dos galopines, quienes tomaron por el muelle hacia la machina seguido del doctor.

En la Aduana Vieja vio izada don Pantaleón una bandera azul y blanca y alegrándosele las pajarillas del pa-

triotismo entristecido de quince años de emigración y de barbas, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la autonomía!

Los dos galopines soltaron el equipaje y se arrojaron al agua nadando desafortunadamente hacia fuera del puerto.

El doctor Visiones se quedó por segunda vez contemplando su apellido. Cuando volvió de su asombro se encontró maniatado y cuatro hombres en pernetas y sin zapatos, con una blusa azul con galones blancos, le intimidaron que anduviera.

Su equipaje había desaparecido.

Caminaba el pobre don Pantaleón muelle arriba, sumido en los más tristes pensamientos. Sin duda, se decía, ha vuelto la reacción a este desdichado país y mandan otra vez los picaros conservadores. Ahora me explico porque cuatro mil pesos en billetes solo valen un real en plata, porque no hay más que cinco barcos en la bahía y un solo coche en la ciudad, porque se daban de puñetazos los guañeros y los galopines para ganar un miserable real sencillo. Ya pronostiqué yo en *El Triunfo* y en *La Palanca*, *El Palenque*, *El Palique*, *El Palenquín* y demás paladines y palanquines de la gran idea que los explotadores forasteros nos conducirían a la extrema miseria. ¡Quién me había de decir cuando escribía todas aquellas paparruchas por ganar unos centavos, que era un profeta en mi patria!

Pero esa bandera que veo en muchos edificios no es la española y esto me llena de confusión. Si yo preguntase a los que me conducen saldría de duda, pero tienen una cara de facinerosos que dan miedo. Vamos Pantaleón un poco de diplomacia y sabrás lo que pasa.

Hecho este monólogo el doctor Visiones con la voz más dulce y acaramelada que pudo sacar, dijo a sus guardas: —

Sin duda, señores, ustedes han interpretado mal el grito que yo acabo de dar. Hace quince años que salí de aquí para el extranjero y al pisar de nuevo tierra española, después de tanto tiempo, no he podido contener mi patriotismo y por eso he gritado: ¡Viva España!

—Aunque hubiera gritado eso sería lo mismo —dijo brutalmente uno de los guardas.

—¿Pues qué? ¿No mandan ya los españoles?

—Aquí no manda nadie más que S. M. el Emperador Sobicú II, quien le ajustará pronto las cuentas.

—¿De modo que aquí nunca ha habido Autonomía?

—Si vuelves a pronunciar esa palabra te cortamos el pescuezo y echamos el tronco al agua.

Don Pantaleón enmudeció y volvió a entregarse a sus tristes reflexiones.

\*\*\*

¿Qué pasa aquí?, se preguntaba por tercera vez el desventurado doctor sin hallar explicación alguna a su interrogación favorita.

Al llegar cerca de la Machina, observó que pendían de ella, multitud de objetos, que con la reverberación del sol no podía distinguir bien.

—¿Qué es aquello? —preguntó a uno de los guías; señalando a la enorme grúa.

—Son cabezas de autonomistas y de partidarios del emperador Sobicú I<sup>o</sup>, que han reincidido.

El doctor se estremeció de terror y no le quedaron ganas de volver a preguntar más.

Cuando llegaron frente al aparato, que quince años antes servía de vehículo al comercio, sus guardas hicieron

alto, don Pantaleón miró hacia arriba con todo el disimulo que pudo y vio que efectivamente la Machina parecía un árbol, cuyas hojas eran cabezas humanas, algunas de las cuales chorreaban sangre.

Una idea terrible cruzó por su mente: ¿sería, aquel el término de su viaje? El guardia había dicho que aquellas cabezas eran de autonomistas reincidentes, él había nombrado dos veces en menos de un cuarto de hora la fatal palabra y una de ellas con circunstancias agravantes, ¿sería considerado como reincidente por S. M. Sabcú II?

Por la primera vez en su vida el doctor Visiones maldijo la Autonomía, no sin pensar con amargura que sería bien triste morir por una idea que nunca le había inspirado verdadero entusiasmo.

De la antigua Comandancia general de Marina, salieron unos cuantos mamarrachos que vestían igual uniforme que los que le conducían y lo introdujeron en una especie de Cuerpo de Guardia.

—Mi capitán —dijo uno de ellos dirigiéndose a otro que ostentaba en la blusa tres galones: este hombre ha gritado viva la Autonomía y dice que es español.

El capitán frunció el ceño y gritó con voz estentórea.

¡Animales, pues si es español por qué no le habéis llevado al Cónsul! ¿No sabéis que no nos compete juzgar a ningún extranjero?

Un rayo de esperanza brilló en la mente de don Pantaleón: si me llevan al Cónsul, pensó, me veré libre de estos cafres; y también por la primera vez de su vida bendijo a los españoles.

—¡A ver tu pasaporte! —le dijo el capitán.

El doctor contestó con voz melosa que lo tenía en el equipaje.

—Aquí está —dijo uno de los guardias, que se puso a deletrearlo con mucha cachaza.

Don Pantaleón temblaba como la hoja en el árbol. Iba a descubrirse la mentira y se consideraba perdido.

Ahora sí que seré juzgado como reincidente, pensaba lleno de terror. ¡Daría cualquiera cosa por haber nacido en España!

El capitán después de haber leído el pasaporte, operación en la que invirtió veinte minutos, que fueron otros tantos siglos de agonía para el doctor Visiones, dobló el papel con mucha calma y dijo con sorna a los guardias:

—Llevad este español de Bacuranao al cabo de varas y que le dé cien palos para que aprenda a no mentir. Como es doctor en medicina y sabe mucho, no necesita del practicante, y en cuanto se acabe el flauteo, podéis llevarlo al calabozo.

Pronunciada esta sentencia el capitán se dirigió a un paisano descalzo que acababa de entrar y le dijo respetuosamente:

—Ya ve V. E. señor ministro, que me desvelo por el servicio de S. M. Unas veces colgando cabezas de la Machina, otras dando cien azotes y teniendo a pan y agua a los presos, voy poniendo esto como una balsa de aceite. Con este ten con ten aseguro pacíficamente el imperio.

Después de este breve discurso el doctor en medicina por la Universidad de Estocolmo, fue entregado al brazo secular del cabo de varas de la Guardia Real de Su Graciosa Majestad el Emperador de todas las Cubas Don Sabcú II (q. D. g.).